

## CONFERENCIAS CUARESMALES

El Papa Francisco firmó el 24 de noviembre de 2013 su Exhortación Apostólica “La alegría del Evangelio”.

En esa misma fecha se clausuraba el *Año de la Fe* que es comienzo de una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría del Evangelio y de un camino nuevo para la marcha de la Iglesia.

El papa Francisco ha querido recordar a los fieles cristianos que, afianzados y fortalecidos en la fe, es hora de iluminar y transformar, de salir y transmitir la alegría de creer. Es hora de que “recobremos y acrecentemos el fervor, la dulce y confortadora alegría de evangelizar (...). Y ojalá el mundo actual pueda recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes y ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo” (*Evangelii gaudium*, 10).

Si deseamos desentrañar cuales son las causas y motivos que están moviendo las actuaciones y palabras del Papa el mejor medio es conocer esta “Exhortación Apostólica”. Este es el origen de las “Conferencias Cuaresmales” que la parroquia nos ofrece este año.

### LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO

*Fr. Manuel Santos, Dominico*

Día 9, La alegría del encuentro con Jesús I

Día 10, La alegría del encuentro con Jesús II

Día 11, La alegría del amor

Día 12, La Alegría de la esperanza

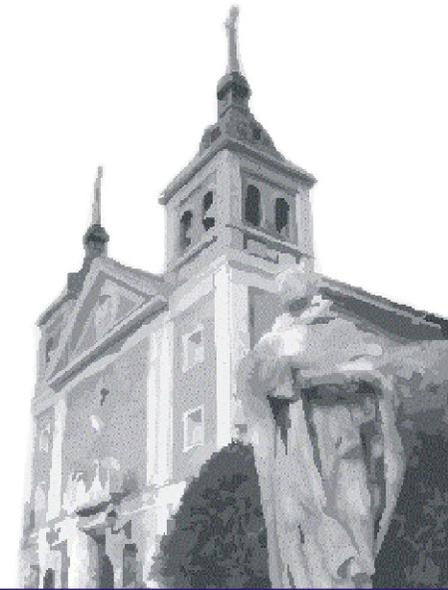
Salón de Actos del Colegio Virgen de Atocha. C/ R. Cristina, 4.

Hora: 20,30

COMUNIDAD EN CAMINO

3º de CUARESMA  
8 de Marzo de 2015  
PP. DOMINICOS - MADRID

**“Quitad esto de  
aquí: no  
convirtáis en  
mercado la casa  
de mi Padre...”**



**NTRA. SRA. DE ATOCHA**

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 [www.parroquiadeatocha.es](http://www.parroquiadeatocha.es)



En este tercer domingo aparece el tercer personaje, en orden cronológico, de la religión judía, Moisés. En los domingos anteriores fueron Noé y Abrahán. A Moisés se le identifica con uno de los dos pilares de la religión judía, la ley. El otro son los “profetas”. Y en efecto en la primera lectura se nos revela la ley de Dios, los mandamientos que quedarán grabados sobre piedra, en las llamadas “tablas de la ley”; para nosotros “los diez mandamientos”.

Cristo no anuló la Ley, los mandamientos; sí le dio plenitud. ¿Qué quiere decir darles plenitud? Ponerles rostro y rostro humano, el rostro del mismo Cristo. Desde entonces los cristianos, los seguidores de Cristo no sólo tienen que *cumplir* los mandamientos, han de ser seguidores de Cristo, han de acomodar su vida a la de Cristo: tener sus sentimientos y luchar por su causa. Cristo, única sabiduría nuestra, como dice san Pablo en la segunda lectura, es el Cristo crucificado, el Cristo humillado hasta la muerte por los representantes de la ley. Pablo tenía que superar el escándalo de que un crucificado fuese el origen, el fundamento de una religión, la cristiana. No niega esa condición de crucificado, de que fuera rechazado por la “ley” según sus intérpretes oficiales. Es consciente de que la cruz va contra los cánones de lo sabio, es fe en un fracasado. Pero su fe le dice que Dios tiene otros parámetros para juzgar lo sabio y lo justo, distintos de los de los hombres. La debilidad humana permite que brille la fuerza de Dios. Y es Dios el objeto de la fe no la fuerza humana.

Cristo amaba, como buen judío el templo. Por eso se indigna porque lo conviertan en mercado. Aprovecha la ocasión para proclamar que será lo sagrado a partir de él: su cuerpo, que será destruido, pero superará a la muerte. La fe cristiana desacraliza todo, excepto la persona de Cristo. Los discípulos lo entendieron, apunta el evangelio, cuando se produjo el triunfo del cuerpo de Cristo en la resurrección. Hay más, lo sagrado del cuerpo de Cristo templo continuará en el cuerpo de su misma naturaleza, el de todo ser humano, llamado también a la resurrección: “vosotros sois templos del Espíritu Santo”, dirá san Pablo. Si Cristo se indignó fuertemente con el mal uso que hacían del templo de Jerusalén los vendedores y los cambistas, ¡cuánto mayor motivo existe para la indignación cuando se convierte al ser humano en mercancía que se compra y se vende.

**Éxodo 20,1-17; 1ª Corintios 1,22-25; Juan 2,13-25**

La crisis económica ha venido generando en estos años sus propios pobres, no sólo los de siempre. Entre nosotros han surgido nuevas formas de pobreza y marginación que tienen su raíz en el paro de larga duración. No son pobres por vagancia ni por casualidad. Su marginación es fruto de una situación estructural.

Ahí están esos jóvenes que llevan años buscando inútilmente su primer empleo. No es raro que bastantes se conviertan en seres marginados y desmotivados. Con un futuro incierto entre nosotros muchos han tenido que emigrar, ¿otros cómo no caer en conductas agresivas, desesperadas y hasta delictivas? Ahí están también los parados de edad adulta, expulsados definitivamente del empleo. Familias enteras abocadas a malvivir sin poder desarrollar sus aspiraciones materiales, sociales o culturales.

Últimamente se van oyendo voces diciendo que hay síntomas que anuncian una recuperación económica. No parece, sin embargo, que este tipo de noticias produzca optimismo en quienes están sufriendo las consecuencias más graves de la crisis. ¿Qué va a significar para ellos esta reactivación que se anuncia?

Hay algo que no debemos olvidar. El desarrollo económico se está llevando a cabo teniendo como presupuesto y condición un dato que no es difícil de detectar detrás de los planteamientos de los expertos: una parte de la población vivirá cada vez mejor, pero será a costa de dejar a la otra parte sumida en la pobreza y la exclusión. Dicen que estamos saliendo de la crisis. Pero, ¿quiénes exactamente? Vistas las medidas que se han tenido que tomar ¿no se hundirá todavía más a los más débiles?

Es normal que se piense en desarrollar iniciativas que hagan posible la reactivación económica. Pero hay que superar la corrupción como mal moral, la cultura de lo inmediato con su secuela del utilitarismo y un modelo económico centrado en la lógica del mercado que ya nos hundió en la crisis que padecemos. Sin olvidar que la crisis no es sólo económica. Hay también una crisis profunda de solidaridad con los desfavorecidos. Por eso, si continua creciendo el individualismo, si no se introducen mecanismos sociales de solidaridad y se abandona a su suerte a los más débiles, saldremos de la crisis económica, pero saldremos menos humanos.